

LA CASA SOLARIEGA

(Una Obra de Obdulio Bauzá)

El compañero y amigo Obdulio Bauzá me ha obsequiado con un ejemplar de su segunda producción literaria que bien intitula "La Casa Solariega". Digo así, porque en el umbral de su obra y en algunos de sus poemas nos describe con maestría y habilidad la casa de sus ensueños, dormida entre cafetales y cercana a aquellas dependencias tales como gláciles, máquinas y tanques de lavar que son indispensables para comenzar y terminar una abundante cosecha de café. Esta Casa Solariega, entre cafetales y árboles de sombra, que se mantiene intacta por la resistencia de los materiales empleados en su construcción, es punto culminante no sólo para observar tierra y cielo de municipalidades contiguas, si^{no} que también para contemplar las moradas del vecindario sumergidas entre las oprimidas abras que sirven de cauce a quebradas o a riachuelos o para veredas vecinales.

Esta buena obra de Bauzá, que la dedica a los autores de sus días, contiene un conjunto de poemas de calidad superior, unos cuantos de ellos para evocar sus juveniles andanzas por aquel Lares que cuida con orgullo de sus tradiciones, que no se separa de su ser y que tan justificadamente lo tiene metido entre ceja y ceja porque fué el pueblo que lo vió nacer. Oigámosle:

"Que Lares tiene para mí sus calles,
su blanca Iglesia y su canción de cuna
y el húmedo pañuelo de mi madre"
(de Te Diría)

Bauzá, que demuestra que ha leído mucho, que escribe con elocuencia, que es dueño de una inteligencia clara y despierta, ha llegado a la conclusión y con sobrada razón, de que para escribir buena poesía no hay que sujetarse a reglas. Prueba de ello es la de que en ocasiones varias no se cifra ni a la métrica ni a los moldes de la consonancia o asonancia, ya que en muchos de sus poemas hay versos libres unos y sin medida otros, pero todos bien

pensados con los que logró lo que deseaba, dándonos de ese modo lo que habrá de ser ruta para los poetas que quieran cantarle libremente a ese ambiente santo y sano que envuelve a los hospitalarios pueblos de nuestras montañas. Veamos algo:

"A Lares voy:
Por el camino donde el sol se esconde.
Niño soy y acostumbro
subir al nisperial "
(de A Lares Voy)

Los poemas de esta obra que van dirigidos principalmente a cantarle y recordar al cafetal, ya casi desaparecido, que tanto significaba para la vida del agricultor de la altura y para la de su brazo derecho, el arrimado, tienen que ser apreciados en todas sus faces, porque en ellas la belleza toma a - sientto permanentemente. Escuchemos un poco de ésto:

"Como nace el cafeto en este limo obscuro
junto al agua que pasa para no regresar,
así la verde espiga de mis sueños florece
y en la sombra se queda en eterno espigar..... "
(de Como Nace el Cafeto)

Bauzá ha tenido momentos felices al presentarnos en "El Portón" al labriego que con su hacha afilada en un pedazo de piedra de amolar o con una lima e impregnada de resina, quita del medio a un monte tal vez para abrir un claro, quizás para utilizar su madera rolliza en la construcción de bohíos, o para convertir a los troncos de los árboles y a sus más gruesas ramas en carbón; al describirnos en "Mayo" al mes que con sus torrenciales aguaceros colma los aljibes, ablanda la tierra, hace reventar las semillas y que al caer sus gruesos y pesados chorros hábilmente alineados, sobre las canales de la casa, producen sonoros chasquidos; al hablarnos en "El Manso Buey de la Altura" del humilde animal que no tuvo oportunidad de medir sus fuerzas y que sólo supo de la pesada carga del yugo que unido al carro o al arado lo stó a sus astas, y al colocar en "Nocturno" a la luna, dormida en la palma, en los surcos y en los muros, o en el glacil donde las parihuelas, que por haberse quedado al sereno recibieron la humedad

de la noche, y donde los rastrillos que prestos para mover el café oculto entre las mantas o amontonado en una esquina del glacil sólo esperaban que la mano férrea y laboriosa del peón los pusiera en movimiento.

Es oportuno que digamos también y sin rodeos, que el espíritu religioso del autor se refleja al llevar a las páginas de su obra las siguientes estrofas:

"Por fin la imagen se quedó dormida
en la lumbre cabal de la palabra.
! Con qué impaciencia en mi interior nacía
tu mensaje: Señor!"
(de Gracias Señor)

Y para dar fin a este humilde comentario a una obra de calidad, quiero decirle al autor que la lectura de "La Casa Solariega" me ha puesto en contacto con los pasados días de mi juventud a la par que me ha hecho recordar un poema que dedicara a mi casa de campo, metida entre cafetales, del cual copio estos renglones:

"Mi casa de campo
está en la montaña,
entre cafetales
que oculta la guardan "

VICTOR IGARTUA